



IA  
*Punto*  
DE SER

**DESPEDIDA!**



ANA M. GONZALEZ

## **Table of Contents**

[Title Page](#)

Primera edición marzo de 2019.

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro — incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras, mediante alquiler o préstamo público.

Aquel hombre me fascinaba. Nos fascinaba, de hecho, a todas las practicantes, y quizás a todas las mujeres de la oficina.

Pasaba por los pasillos como una bala, siempre ocupado y siempre con una o dos personas persiguiéndolo con papeles para pedirle una firma o alguna revisión de algo y a mí me gustaba pasear después despacio por los lugares por donde había pasado para poder aspirar el discreto aroma que su loción dejaba por donde él había estado.

Era un hombre relativamente famoso en su campo profesional y todas nos emocionábamos como niñas tontas cuando le hacían alguna entrevista por radio, televisión o en el periódico. A pesar de que yo decía que no coleccionaba sus apariciones en los periódicos, un día me sorprendí cuando abrí un cajón para guardar mi último recorte y darme cuenta de que sí guardaba esos pedazos de papel desde hacía más de un año. Y encogiéndome de hombros, pensé que si ya los tenía, quizás debería organizar un gran y formal álbum en su honor.

- Anita – me dijo un día cuando iba pasando junto a mi escritorio. Era el único en toda la oficina que me decía así, - ¿puedes llevarme a mi escritorio el cálculo de la cotización que hicimos para la fundidora?

- Claro que sí, licenciado – le dije.

No era cosa muy común que aquel sueño de hombre me llamara a su despacho. Por un lado, me podía dar el lujo de verlo de cerca, pero por otro lado, si me había llamado para revisar unas cuentas, también había una gran responsabilidad.

Me asomé muy rápido por el cubículo de mi jefa, que estaba comiendo una dona y jugando solitario, para decirle que iba al despacho de su jefe a revisar unos números. Distraída como estaba, no me prestó mucha atención.

Me pasé también como de rayo por el tocador, para revisar que todo estuviera en orden. Me veía bastante bien. Soy una trigueña delgadita y chaparrita, pero con unos senos y un trasero de muy buen tamaño y muy buenas curvas. A pesar de que llevaba pantalones, mis piernas se veían firmes y bien llenitas y mi cabello largo negro me llegaba casi hasta la mitad de la espalda.

Tomé mi USB con mis archivos y me fui como de rayo a la oficina del dueño

del despacho.

Toqué tímidamente en la puerta de su privado y cuando oí un “adelante” abrí la puerta y me asomé sonriendo. Encontré al licenciado sentado en su escritorio, mirando la pantalla de su computadora.

- Pasa, Anita – me dijo, siempre amigable, - ¿trajiste los números que te pedí?
- Aquí los traigo, licenciado.
- Pasa, siéntate aquí. Vamos a revisarlos – me dijo.

Esa oficina era casi tan grande como mi departamento. Al fondo, de espaldas a un gran ventanal, estaba el gran escritorio de cristal y madera donde se sentaba el licenciado, en una lujosa silla de escritorio. En la parte de adelante, junto a la puerta, había una gran mesa que podía acomodar a unas 15 personas y que era la sala de juntas del licenciado. Y entre esa gran sala de juntas y su escritorio, había una pequeña sala, con sillones de piel, una mesa de centro de cristal y un gran sofá negro de piel, donde las leyendas de la oficina contaban que más de una empleada se le había entregado a este misterioso hombre, en una o varias noches de pasión.

Me descubrí mirando aquel gran sofá y preguntándome que se sentiría estar tendida en él, boca arriba y desnuda, o mejor aún, simplemente con la falda subida hasta la cintura y las bragas a la altura de los talones, dejándose querer por ese hombre, pero después de un instante, me concentré en lo que había que hacer y casi corrí hasta la silla que me había puesto junto a la suya. ¡Iba a estar junto a él un buen rato!

Él había dejado su saco junto al perchero que estaba junto a la puerta y estaba en mangas de camisa. Había dejado las finas mancuernillas sobre el escritorio y también se había aflojado su corbata. Cuando estaba así, en mangas de camisa, era cuando mejor se podía apreciar la musculatura de su cuerpo, que normalmente se escondía bajo sus caros trajes de negocio.

Me senté y cargué la hoja de Excel en su computadora. Me preguntaba si se me notaban las manos temblando, pero yo trataba de comportarme lo más profesional posible. Su discreto aroma me inundaba los sentidos y me moría de ganas de mandar esa corbata al piso y abrirle la camisa.

Cuando cargamos los números, el licenciado los estuvo revisando durante un

momento, antes de girarse para hablar conmigo.

- Anita, cuando hicimos esta cotización, ¿no incluimos en los costos lo que nos cobra el despacho de Jiménez?
- No, licenciado – le dije yo muy seria.- A mí, mi jefa me explicó que esos no iban aquí.

El hombre me miró un momento, con su mano en la barbilla y después me preguntó.

- En la cotización que hicimos el mes pasado para la naviera, ¿tampoco incluimos los costos del despacho de Jiménez?
- No, licenciado, tampoco. Como le comento, a mí la señora Berta me dijo que esos no iban en las cotizaciones, que se descontaban de otra cuenta contable.

Yo ya me estaba poniendo nerviosa. Si había que haber incluido esos números, estábamos hablando de fuertes pérdidas en cada una de las cotizaciones. Yo sabía que el licenciado era rico, pero a nadie le gusta perder dinero. Mirando de nuevo la pantalla de la computadora, me volvió a preguntar.

- ¿Tienes algún ejemplo que Berta haya usado cuando te capacitó para hacer estos cálculos?
- Sí – le respondí un poco aliviada, porque me acordé que en el correo electrónico donde me había enviado el ejemplo, yo le había preguntado expresamente por los costos del despacho del licenciado Jiménez y ella me había dicho claramente que no los incluyera. ¡Ese correo valía oro y muy posiblemente también, mi carrera en el despacho! Con la mano temblando un poco más, entré a mi cuenta de correo y le enseñé los mensajes.- Aquí está el ejemplo – le dije.

El licenciado estuvo algunos momentos muy serio, leyendo los correos entre la famosa Berta y yo. Después abrió el ejemplo y lo revisó rápidamente. Yo tuve que evitar lanzar un profundo suspiro de alivio cuando volví a ver, que efectivamente, el ejemplo no traía los costos mencionados.

- ¿Te importa si me mando este correo a mi cuenta? – me preguntó el licenciado.

- No, claro que no, licenciado – le respondí, muy seria.

Se envió los correos a su cuenta y después me miró.

- No te apures, Anita. Todo esto se va a arreglar – me dijo sonriendo, para tranquilizarme un poco. Seguramente me veía muy nerviosa.

Antes de que pudiera reaccionar, tomó el teléfono y le llamó a Berta y le pidió que viniera al despacho. Yo, que estaba hasta ese momento sentada tan pegadita al licenciado, me puse de pie.

- ¿Quiere que me vaya, licenciado? – le pregunté.

- No es necesario, Anita. Pero si quieres, siéntate ahí, frente al escritorio.

Prudente, me senté frente a su escritorio y apenas me estaba acomodando cuando entró mi jefa Berta.

- Dime, Alfredo, ¿Qué se te ofrece? – le preguntó, mientras me echaba una mirada sospechosa, como recriminándome por adelantado algo que yo pudiera haber hecho.

- Berta, estoy revisando la cotización que entregamos para la fundidora y creo que está mal. Según yo, hay costos que no se tomaron en cuenta cuando se hicieron los cálculos. Los del despacho de Jiménez.

- ¡Ah, caray! – dijo Berta, sorprendida, sentándose a mi lado.- ¿Quién te dijo eso?

- No me lo dijo nadie – dijo el licenciado.- Me di cuenta yo solo, revisando los números. ¿No están esos costos?

- No sé, Alfredo. Yo te pido que me des oportunidad de revisar la cotización con Ana – dijo Berta, mirándolo a él y luego a mí.

- Ok, revísenlo por favor y mañana temprano me dicen en qué andamos, ¿ok? – preguntó. Sus palabras y su lenguaje corporal indicaban que la plática había terminado. Tanto mi jefa como yo nos pusimos de pie y nos fuimos de su oficina.

Ni que decir que la famosa Berta iba hecha una furia y estaba super nerviosa.

- ¡Como se te ocurre ponerte a revisar las cotizaciones con el licenciado

Alcántara sin avisarme! ¡Y además si las hiciste con errores!

- Jefa, mis cotizaciones no tienen errores. Además, yo te avisé que él me había llamado a su despacho.

- Ya no me digas más, niña. A ver, mándame la cotización para revisarla.

Fue cuestión de cinco minutos enviarle la cotización y de otros cinco minutos corregirla en mi escritorio con los números correctos, pero fue cosa de dos horas hacer que Berta entendiera las cotizaciones y las diferencias. En ese momento, pude darme cuenta de que llevaba mucho tiempo sin hacer ninguna, que había dependido durante años de becarias como yo, y que en algún momento, alguna chica habría cometido alguna omisión de la que Berta no se dio jamás cuenta y que se siguió perpetuando durante quién sabe cuánto tiempo. La mujer estaba desbastada.

- No, niña – me dijo como por quinta vez y entonces sí que ya no me aguanté más.- Qué errorsote cometiste. Con razón Alberto está tan enojado contigo.

- ¡Berta, yo hice los números exactamente cómo tú me dijiste que los hiciera!

- Mira, mejor ya vete a tu casa y déjame a mí resolver esto.

Salí tarde de la oficina, ya cuando todos se habían ido y solo quedábamos Berta, el licenciado, encerrado en su oficina y yo. Me sentía bastante molesta y no sabía si conservaría el trabajo.

A la mañana siguiente, me presenté a las ocho de la mañana, como era mi costumbre. A esa hora todavía no había llegado la chica de la recepción, pero don Juanito, el policía de la entrada que era un señor alrededor de los sesenta años, ya estaba como siempre ahí.

- Buenos días, don Juanito – le dije, como todas las mañanas, pero él, en lugar de abrirme la puerta como siempre y dejarme pasar, salió para hablar conmigo.

- Señorita Ana, buenos días – me dijo. Lo notaba un poco nervioso y apenado y mis peores presentimientos comenzaron a volverse realidad.

- ¿Qué pasó, don Juanito? – le pregunté, tratando de sonreír.

- Señorita Ana, que pena, pero la señora Berta dejó anoche instrucciones



de no dejarla pasar cuando llegara.

- ¿Cómo así? – pregunté, un poco enojada.

- Pues sí. Me dijo que le pidiera que la esperara aquí en la recepción, hasta que llegara.

Berta llegaba como a eso de las diez de la mañana, generalmente con una taza de atole y un plato de chilaquiles que había comprado en el puesto de la esquina y que se comía en su escritorio, antes de empezar a “trabajar”. Yo no me iba a aventar la vergüenza de esperarla dos horas en la recepción, para que todos entraran, me vieran ahí y se preguntarán qué estaba pasando.

- Gracias, don Juanito, pero creo que mejor regreso al rato – le dije.

- Como quiera, señorita Ana – después se acercó un poco a mí, para murmurarme en voz bajita, el amable viejito, - también quiero comentarle que la señora Berta me pidió que le juntara todos sus efectos personales en una caja de cartón. Yo creo que la van a correr, señorita Ana.

- No se apure, don Juanito – le dije, sonriendo como pude.- Yo al rato regreso.

Salí del despacho hecha una furia. ¿Qué iba yo a hacer? ¿Por qué me estaban haciendo esto a mí, si el licenciado sabía que la culpa no era mía? ¡El licenciado! Tenía que hablar con él, para saber qué estaba pasando. Yo sabía que él hacía ejercicio todas las mañanas en el gimnasio que estaba en el centro comercial a un par de cuadras de aquí. Había yo ido una vez a pedir informes, solo para darme cuenta tristemente que era demasiado caro para mí, pero en ese momento lo había visto yo salir a él de ahí y desayunar en la cafetería. Parecía que era una de sus rutinas matutinas.

Casi corrí a aquel gimnasio y dicho y hecho, lo encontré sentado, desayunando y hojeando el periódico con la calma de un santo. Se veía que ya había acabado su rutina de ejercicio y se había arreglado en el gimnasio. Se veía recién bañado, con el cabello aún húmedo y con uno de esos caros trajes que él usaba. Me acerqué para hablar con él.

- Anita – me dijo sonriendo, cuando, alzando la vista, me vio frente a él. Si podía sonreírme así, era que era un descarado o no estaba enterado de lo que estaba pasando. - ¿Ya desayunaste? Siéntate, ¿quieres algo?

- Ya desayuné, gracias. ¿Puedo hablar con usted? – le dije, mientras me sentaba en la silla frente a él.
- Claro, ¿qué pasó? ¿Ya quedaron los nuevos números?
- Sí, licenciado, ya están los nuevos números. Pero don Juanito no me deja pasar al despacho. Dice que son instrucciones de Berta – le expliqué.
- Qué raro – me dijo, mirándome muy serio. - ¿Te dijo algo más?
- Pues sí. Me dijo que él cree que Berta me va a correr.

El licenciado se quedó en silencio algunos segundos que me parecieron eternos.

- Eso no va a pasar, Anita. No te preocupes. Yo soy el dueño de ese despacho y no voy a dejar que se tome ninguna decisión a este respecto sin mi consentimiento. Te voy a decir qué vamos a hacer. Tú quédate aquí a desayunar y luego te paseas un rato por el centro comercial. Yo te llamo cuando quiera que te vayas para el despacho. ¿Está bien?
- Sí – le dije y creo que se me estaban escapando algunas lagrimitas de agradecimiento y de alivio, pero yo estaba luchando por contenerlas.
- Dame tu número de teléfono. Yo te hablo en un rato.

¡Qué ilusión! Darle el número de mi celular al hombre de mis sueños. Sonriendo, vi como lo apuntó en su teléfono, bajo el nombre de “Anita” y después llamó al mesero.

- Toño – le dijo, - la señorita no ha desayunado. Dale todo lo que quiera comer, que yo pago, pero no dejes que se pare de aquí sin haber tomado algo, ¿ok?
- No, licenciado, cómo cree. Yo me encargo de que la señorita salga bien desayunada – dijo Toño, con una convicción que daba miedo.

Mientras el licenciado Alcántara se paró y se fue a la oficina, yo me quedé a desayunar unos huevos rancheros y unos hot cakes con un gran jugo de naranja y varias tazas de café. Calculaba que tenía bastante tiempo y también tenía mucha hambre.

Más o menos al medio día, me habló el licenciado y me dijo que fuera a la

oficina. Cuando me oyó un poco nerviosa por el teléfono, me dijo que no me preocupara de nada, que ya todo estaba arreglado.

Caminé las dos cuadras que me separaban de la oficina.

Cuando llegué, don Juanito me estaba otra vez esperando en la puerta.

- Señorita Ana, qué bueno que ya llegó – me dijo, sonriendo. Definitivamente, se le veía más contento. – Tengo instrucciones de llevarla con el licenciado en cuanto llegue.

Don Juanito me condujo directamente a la oficina del licenciado. Mientras íbamos para allá, yo sentía que todo el mundo, sobre todo las mujeres, me miraban de manera discreta o a veces, no tan discreta. Yo me iba preguntando qué tanto sabrían de la situación, pero era claro que había algún chisme caliente flotando por la oficina.

- ¡Adelante! – oí que dijo en voz alta el licenciado cuando don Juanito tocó a la entrada de su despacho.

- Ya le traje a la señorita Ana, señor – dijo el policía.

- ¡Ah! Qué bien, Juanito. Déjamela por aquí. Muchas gracias.

Yo pasé al despacho y don Juanito cerró la puerta atrás de mí.

El licenciado estaba de nuevo sentado al fondo del despacho, frente a su escritorio, mirando su pantalla de computadora. Después de un momento, alzó la vista y sonriendo me pidió que pasara. Yo me senté frente a su escritorio.

- Hola, Anita, ya quedó todo resuelto.

- ¿Ya? – pregunté con una voz que me hubiera gustado que no temblara.

- Ya. Estuve revisando varias cotizaciones, aún antes de que tú entraras a trabajar con nosotros a este despacho. Al parecer, Berta llevaba mucho tiempo cometiendo errores. Y creo que los errores son perdonables. Yo cometo varios al día. Pero actuar de mala fe y pretender echarle la culpa a alguien más, eso sí no es aceptable. Por eso Berta ya no trabaja con nosotros. Y ahora tenemos libre un puesto de coordinación de cotizaciones. He estado revisando tu currículo. ¿Qué te parecería una

promoción?

- ¡Me parecería genial, licenciado! Muchas gracias.

- Llámame Alberto, ¿te parece? Y si te parece bien, pásate por aquí como a eso de las seis. Tenemos mucho trabajo que revisar.

Ese mismo día fui promovida a jefa del departamento de cotizaciones y me encontré con que mis tres compañeras ahora me reportaban a mí. Tomé mi cajita de cosas, que Berta había llenado con tanta ira y odio y que había sido confiscada por el licenciado y me la llevé a mi nuevo lugar. Estoy seguro de que hubo muchos chismes, pero a mi nadie me dijo nunca nada.

Mi primeras tareas fueron revisar cuánto dinero habíamos perdido con Berta y asegurarme de que las nuevas cotizaciones salieran bien. Como ya no había nadie que me explicara, tenía que trabajar directamente con Alfredo. No era raro que nos quedáramos hasta las dos o tres de la mañana trabajando en esos números, y al terminar, él mismo me llevaba en su auto a mi departamento. Me encantaba ese amplio y lujoso automóvil y me encantaba sentarme junto a él al final de un largo día de trabajo e intoxicarme con el aroma de su loción. ¿Cómo hacía ese hombre para seguir viéndose fresco y oliendo bien a las tres de la mañana? Nunca lo supe.

En una de aquellas interminables noches, estaba yo sentada junto a él, revisando una de esas eternas cotizaciones. Él miraba a ratos la computadora de su escritorio y a ratos, la laptop que estaba en mis piernas. Aunque, como yo llevaba una minifalda, no estaba seguro de si estaba viendo la hoja de Excel o mis piernas, sin medias. Llevaba las mangas de la camisa arremangadas y se había aflojado otra vez esa corbata roja. Estaba muy cerca de mí y yo ya llevaba varios meses teniendo fantasías cada vez más intensas donde él era el protagonista principal.

En un momento en el que se inclinó frente a mí, para consultar una celda en Excel en mi pequeña pantalla, ya no pude más: me estiré un poco hacia delante y le di un ligero beso en el cuello, justo entre el cuello de la camisa y el inicio de su cabello, en la nuca.

Él no se movió.

Pero yo pude ver como la piel del cuello se le ponía de gallina; “chinita”, como decimos en México. También vi como esa misma piel se ponía roja.

Yo no podía ya disimular que las piernas me estaban temblando y la famosa laptop estaba a punto de caérseme de las piernas, y él seguía sin girarse para verme. Seguía quieto, como si fuera una estatua de mármol. “Voltea por favor”, pensaba, “¡dime algo, aunque estés enojado!”

Finalmente se volteó y me miró a los ojos.

Estaba sonriendo.

Nos besamos despacio al principio, casi revisando si nos gustaría la sensación de nuestros labios juntos. Pienso que debe habernos encantado, porque comenzamos a besarnos cada vez más profundamente y con más pasión. En cuestión de minutos yo ya podía sentir su lengua tocando tímidamente la puerta a la entrada de mi boca y por supuesto, la dejé entrar. Llevaba meses pensando en estos besos que por fin tenía a mi alcance.

Después de algunos momentos se puso de pie, y jalándome de la mano, me puso de pie. Después puso sus manos en mi cintura y me apretó contra su cuerpo, abrazándome. Inmediatamente pude sentir su erección contra mi pubis. ¡Qué delicia! Seguíamos sin hablar, pero nos seguíamos besando cada vez con más fuerza y me apretaba con tanta fuerza contra él, que yo sentía que a ratos no podía respirar.

Finalmente, después de un largo rato, nos separamos y nos miramos a los ojos, sonriendo.

- Señorita Anita, si hubiera sabido que besabas tan rico, hace mucho tiempo que te hubiera promovido a coordinadora de cotizaciones.

Solté una gran carcajada que lo dejó un poco perplejo.

- Espero que no me digas que te besabas así con la anterior coordinadora – le dije, recordando a Berta.  
- ¡No por Dios! – me dijo, abriendo mucho los ojos, - esa mujer tenía un

bigote que daba miedo.

Ambos reímos de buena gana, pero después de apenas un segundo, él me miró fijamente y muy serio a los ojos y yo sabía que me iba a besar de nuevo.

De nuevo nos besábamos. Después de algunos minutos, pude sentir sus atrevidas manos apretando mis nalgas. Traté de separar sus labios de los míos para reclamar, pero como él no me dejó, después de un momento me “resigné” a sentir esas manos apretándome justo ahí. Sus manos se sentían deliciosas. Por aquellas cosas que pasan en la vida, esa minifalda negra de piel fue subiendo poco a poco, quizás con ayuda de sus manos y después más o menos de una hora yo podía sentir esos hambrientos dedos sobre mis nalgas desnudas, apenas separadas por el delgado resorte negro de una tanga que pasaba entre las dos. Yo gemía en sus brazos, arañando su espalda, mientras él me besaba y me acariciaba el trasero.

Cuando nos separamos, él sonreía y yo me mordía los labios, preguntándome hasta dónde llegaríamos aquella noche.

Sus manos aún apretaban mis nalgas y mi cuerpo contra ese tronco que seguía erecto después de tanto tiempo y yo me descubría deseándolo dentro de mí.

- Ya es muy tarde, Alfredo. ¿Qué hacemos? – por un momento me imaginé tendida boca arriba en ese legendario sofá de piel negra, con las piernas abiertas, siendo suya. A pesar de que se me antojaba muchísimo, no estaba segura de que quisiera que nuestra primera vez fuera ahí en ese lugar. Quién sabe cuántas mujeres no habrían pasado por ese mueble.

Él no dijo nada. Sonriendo comenzó a desabrocharme la blusa y ya había llegado al botón final, cuando yo lo detuve y me tapé.

- No me siento muy bien aquí. Si ya terminamos de trabajar, ¿me llevas a mi casa, por favor? – le pedí con la mirada baja.

- ¿Estás bien? – me preguntó, con un gesto entre molesto y preocupado.

- Sí. Estoy bien. Pero no me apetece mucho seguir aquí.

- Está bien. Te llevo.

Pensé que quizás estaría un poco enojado, pero salimos abrazados de su oficina. Me llevó a mi departamento y cuando se detuvo en la calle, frente a la puerta de entrada del edificio, se inclinó para darme un beso en los labios nuevamente.

Nos besamos un rato en su coche, pero yo me separé sonriendo y le deseé buenas noches. De nuevo me regaló esa carita de entre frustración y enojo, pero se despidió muy correcto de mí y se fue.

Ya eran las 4 de la mañana.

Entré a mi departamento hecha una fiera. ¡Qué estúpida y mojigata era! Estaba super caliente y podía sentir la humedad entre mis piernas. Si hubiera querido, ahora mismo estaría siendo suya, y en lugar de eso, lo había mandado de regreso a su casa con una erección que parecía de acero.

Me quité la falda y la blusa y me tendí en mi sillón un momento. Desde donde estaba, podía ver la gran mancha en mi tanga que mostraba lo excitada que Arturo me había puesto y a través del sostén podía ver mis pezones todavía durísimos. No que necesitara verlos. Todas las tetas me dolían ligeramente de la excitación. Me quité la ropa interior y me eché encima mi vieja camiseta para dormir.

Estaba decidiéndome entre masturbarme o soltarme a llorar, cuando sonó el timbre del departamento. ¿Cómo era posible? ¿A las cuatro de la mañana? Corrí al interfono.

- ¿Sí? – pregunté a través del sistema de comunicación.
- Anita, déjame subir, por favor.
- ¿Alfredo? – pregunté entre incrédula y excitada, sonriendo. Sentí casi un chorro de humedad entre mis piernas.
- Ábreme ¿sí?
- ¡Claro! – me descubrí diciendo. Ya había decidido que no iba a echar a perder esta oportunidad.

Corrí a la puerta del departamento y esperé ahí unos momentos a que él llegara a ella. Esos pocos segundos se me hicieron una eternidad. ¿Pues qué estaba

haciendo?

Finalmente, cuando oí unos golpecitos en la puerta, sonriendo y mordiéndome el labio, me di cuenta que no se me había ocurrido ponerme unas bragas, un sostén o cambiarme la sucia camiseta que traía. Ya era demasiado tarde, pensé.

Abrí la puerta y me encontré a mi príncipe azul. Aún llevaba la corbata floja sobre la camisa y las mangas arremangadas. Había dejado el saco en algún lado, quizás en su automóvil.

Iba yo a decir algo tonto, como darle la bienvenida, cuando se lanzó hacia mi y de nuevo me besó en los labios. Al parecer no iba a haber mucho dialogo.

Ahí estaba besándome, yo casi desnuda, a las cuatro de la mañana, en la entrada de mi departamento, con la puerta abierta. Y no me soltaba.

Aún presa de su abrazo y con sus labios sobre los míos, logré irme girando para poder finalmente cerrar la puerta. Si algún vecino nos había visto, ya no había nada que pudiera yo evitar y decidí no preocuparme por eso.

El hombre era consistente: casi inmediatamente sus manos viajaron a mis nalgas para estrujarme de ahí y de nuevo, después de un momento, tenía yo la camiseta subida a la altura de la cintura y sentía sus manos sobre mis nalgas desnudas... pero esta vez no traía tanga. Me sentía totalmente expuesta. Eso no me impidió gemir en sus labios abiertos y pegarme más aún a él mientras su lengua me recorría toda la boca por dentro.

Se separó para mirarme un momento a los ojos.

Y después, sin más preámbulo, me pasó la camiseta por encima de la cabeza, me la quitó y la tiró al suelo.

Estaba yo totalmente desnuda frente a él.

Me miraba los rojos pezones, totalmente erectos y las aureolas grandes, hinchadas. Su mano no tardó en viajar a mi sexo, que tenía un muy pequeño



triangulo de vello púbico y gimió cuando me encontró totalmente mojada para él.

Por un momento separé las piernas y echando la cabeza hacia atrás, con mis manos en sus fuertes brazos, me dejé hacer, con los ojos cerrados. Lo dejé explorar a la mujer que sería suya esa noche. Lo dejé darse gusto tocando mi coño y abriendo los labios de mi vulva; recorrer los pliegues de mi raja con sus dedos y pellizcar mi clítoris con esa ansiedad que tienen los hombres por explorarnos, sentirnos, hacernos suyas de cuerpo, corazón y alma. Yo sentía sus fuertes brazos, tensos, en mis manos mientras él me acariciaba y gemía como loca mientras su boca recorría mi cuello dejando besos, chupetones y mordidas.

Después de un momento, cuando sentía que mi excitación iba alcanzando niveles incontrolables, interrumpí la acción. Abrí los ojos, alcé la cabeza y sonriendo y mirándole a los ojos tomé sus manos insaciables para separarlas de mi pepa.

Y entonces me hiqué frente a él.

Tenía frente a mí aquel bulto tremendo y podía ver esa mancha de humedad en sus pantalones.

Él, amablemente, se dejó hacer también.

Acaricié esa pija algunos segundos sobre el pantalón, mientras él gemía un poco. Después bajé el cierre del pantalón y comencé a buscar. Me detuve un momento mientras buscaba la apertura de esos boxers negros tan apretados y tan mojados. Pero no la encontré. Así que le bajé hasta el piso los pantalones y los boxers y entonces lo tuve desnudo de la cintura para abajo frente a mí.

Con algunas risitas nerviosas alcé la mirada para verlo a los ojos mientras con una mano tomaba sus huevos y con la otra empezaba a masajear esa verga dura, grande, gorda y con un color entre rojo y morado y que ya estaba goteando un líquido claro y espeso. Y me encantó ver esa mirada de deseo, sorpresa y excitación en su rostro. Se veía fuerte y vulnerable al mismo tiempo. Qué sé yo. Soy una cursi.

Bajé la mirada de nuevo hacia ese palo erecto y sin pensarlo más lo puse dentro de mi boca. Sabía delicioso.

Sin dejar de usar una de mis manos en sus huevos y la otra en la base de su pene, comencé también a darle placer con mi boca, subiendo y bajando mis labios sobre todo aquel enorme instrumento y a lamerlo mientras lo hacía.

A veces me lo sacaba de la boca y poniendo carita inocente, lo lamía de arriba hasta abajo como si fuera una gran paleta, mientras se me escapaban risitas juguetonas, al mirar su cara de agradecimiento. Después me lo volvía a clavar hasta la garganta, gimiendo, para hacerle sentir que era un macho ejemplar.

Mientras lo chupaba, él se quitó la corbata, la camisa y la camiseta y bien prontito lo tenía de pie desnudo en mi sala, mientras yo, quería pensar, le estaba dando la mejor mamada de su vida.

Debió llegar él también a un punto peligroso, porque jalándome de los brazos, me puso de pie y me besó en los labios y entonces pude sentir esa pija deliciosa frotándose contra mi raja.

Él me tomó de las nalgas. Me abrazó así y después me cargó. Yo enredé mis piernas alrededor de su cintura mientras nos seguíamos besando y yo le mordía los labios. Sentía mi sexo hinchado, abierto y empapado y sentía la gran cabeza del suyo frotándose contra los labios exteriores de mi vagina.

Pensé que me iba a penetrar así, de pie. Pero él tenía otros planes.

Cargándome entre besos y risas me llevó hasta mi recámara. Fue un viaje largo, porque ni siquiera conocía el departamento. Pero no era tan grande y tuvo la paciencia de encontrar mi cuarto y después de llegar ahí, me puso suavemente sobre la cama.

Me sentía deliciosamente sexual en la cama, boca arriba, desnuda, mirándolo desde ahí a él, también totalmente desnudo y con esa gran erección. Antes de darme cuenta, ya había abierto mis piernas y lo esperaba.

Se acercó a mi y me puso de rodillas sobre la cama, con las palmas de las manos sobre la cama, también. De “perrito”.

De nuevo, separé mis piernas, alcé la cabeza y me di cuenta de que me había acomodado frente al espejo. Lo veía detrás de mí y casi inmediatamente pude sentir la cabeza de aquella polla deliciosa frotándose contra la entrada de mi coño.

Después de un momento estaba entrando en mí, mientras sus manos se afianzaban en mis hombros. Entró despacio, y moviéndose lentamente, fue entrando poco a poco, cada vez más, mientras yo también me movía a su ritmo para encontrarme con él en cada embestida. Sentía mi pepa caliente, hinchada y empapada y podía sentir todo su palo dentro de mí, casi chocando contra el final de mi panocha.

Me tomó vigorosamente de la cintura con sus manos y comenzó a joderme con una fuerza tremenda, mientras yo me descubría gimiendo, casi gritando, jadeando y murmurando su nombre mientras me cogía. Ambos nos mirábamos en el espejo, echándonos este polvo delicioso.

Se empezó a echar hacia atrás para sentarse en mi cama, y mientras lo hacía, me jaló hacia él, sin salir de mí. En un momento estábamos ambos sentados sobre la cama, él recargado contra la pared, con las piernas cerradas y sus manos estrujándome las tetas, pellizcándome los pezones mientras besaba y mordía mi cuello y me murmuraba al oído que yo le encantaba; que era su puta deliciosa.

Yo estaba sentada sobre él, con las piernas abiertas, con mis manos sobre las suyas, que estaban en mis senos, disfrutando esos besos en el cuello. Me impulsaba con las piernas hacia arriba y hacia abajo y me sentía totalmente traspasada por ese palo delicioso. Trataba de moverme en círculos y también hacia delante y hacia atrás, pero la posición no me ayudaba mucho. Una de sus manos viajó a mi clítoris y comenzó a masajearlo, mientras yo de nuevo, gemía como una loca y nos veía, en ese gran espejo de la pared de mi cuarto, sudados y cogiendo.

Me vine tal cual cómo él me lo había dicho: como una puta; como su puta. En

otras palabras, me corrí delicioso sobre su palo hinchado, gimiendo y apretándome el clítoris y el coño en general, con las piernas y los ojos cerrados. Acabé agotada, pero él aún no había terminado. Sin separarnos, acabamos acostados boca abajo en la cama, yo debajo de él, con las piernas cerradas, recibiendo esos embates de ese palo de acero hasta que empecé a sentir que su ritmo se iba rompiendo y que él empezaba a gemir más fuerte: estaba a punto de terminar.

Terminó dentro de mí, con grandes chorros de semen caliente que se perdieron en la profundidad de mi pucha, mientras yo, con los ojos cerrados, gemía de nuevo y trataba de acariciarlo. Después se desplomó sobre mí y nos venció un sueño delicioso.

Despertamos hasta media tarde. Cuando abrí los ojos, lo descubrí tendido junto a mí, aún dormido y me quedé un rato, mirándolo. Al principio, cuando vi la hora en el reloj de pared, me preocupé un poco, pero casi inmediatamente pensé que mi jefe y el dueño del negocio estaba desnudo, dormido a mi lado, en mi cama, después de haberme follado toda la noche, así que era muy poco probable que tuviera algún problema en la oficina.

Por un momento estuve tentada a pararme a la cocina para preparar café caliente y unos huevos para ambos. Pero cuando miré ese firme cuerpo tendido junto a mí, cambié de opinión.

Con mucho cuidado, para evitar que se despertara, lo destapé. Estaba echado boca arriba y me quedé un momento admirando lo guapo que estaba. Después, me moví con mucha precaución, hasta estar a la altura de su sexo, flácido; esa verga que me había hecho tan feliz la noche anterior.

Sonriendo, lo puse dentro de mi boca y empecé a chuparlo. Fue poco a poco creciendo dentro de mi boca y en un momento ya estaba totalmente erecto, listo para la acción.

Alfredo abrió entonces los ojos y me descubrió entre sus piernas.

- Buenos días, señorita Anita – me dijo sonriendo, mientras yo le acariciaba los huevos con mi mano derecha. Yo me lo saqué un momento

de la boca.

- Buenos días, mi amor – le respondí, también sonriendo, antes de volver a metérmelo en la boca, riendo.

FIN